

CAPITULO VII.

Recíbese en el fuerte del Sombrero la noticia de la toma de Soto la Marina. Ataque del fuerte por Arredondo. Operaciones durante el sitio. Desercion de La Sala. Su conducta. Defensa valiente hecha por la guarnicion. Condiciones y violacion. Trato de los prisioneros en Altamira y en los calabozos de San Juan de Ulua. Salida de algunos de ellos para España. Orden del ministro de la guerra español. Violacion de las capitulaciones.

MIENTRAS Mina hacia sus preparativos en el fuerte, llegó la gaceta de Megico, en que se decia que los patriotas habian perdido la fortaleza de Soto la Marina. Esta noticia era mui funesta, no solo por la perdida de algunos oficiales utiles, hombres, armas y municiones; sino porque quedaba cortada toda comunicacion exterior, tan esencial al exito de las operaciones.

Los pormenores de oficio publicados en la gaceta, se reducian a lo que los realistas juzgaron oportuno promulgar: despues se han recibido datos autenticos sobre los sucesos de aquella guarnicion, posteriores a la salida de Mina para lo interior.

Era, por cierto una coincidencia singular de los sucesos, que en el mismo dia y casi en la misma hora, en que Mina ganaba la importante batalla de Peotillos, la guarnicion de Soto la Marina se veia obligada a capitular. La valiente defensa que hizo, es sumamente honorifica a la guarnicion,

y manifiesta el influjo que habia egercido Mina en el espíritu de las tropas.

Despues de su salida, se habian hecho los mayores esfuerzos para disciplinar a los reclutas y para trasladar los repuestos que habian quedado en la barra del rio. Se habia formado una milicia nacional compuesta de paisanos, mandada por el mayor Castillo. La fuerza numerica que quedó bajo las ordenes del mayor Sardá, no pasaba de ciento treinta y cinco hombres.

El 3 de Junio se despachó una partida al mando del capitán Andreas para traer algun trigo que hacia falta. Regresaba el 8 con veinte y tres mulas cargadas de grano, cuando se encontró con un cuerpo de doscientos y veinte enemigos. Los patriotas sostubieron una accion ostinada, por el espacio de media hora, en que todos, excepto tres, fueron muertos o prisioneros. Estos fueron pasados por las armas, habiendo evitado unicamente el capitán Andreas esta suerte, con la condicion de servir la causa realista. El mayor Sardá sintió mucho esta desgracia, pues, de resultas de ella, quedaba reducida su fuerza a ciento y treinta hombres.

El mayor supo el dia 6 que los enemigos se acercaban, e inmediatamente dispuso que la gente trabajase en la fortificacion. Aunque esta fatiga era mui penosa por el calor extraordinario que se sentia, no se oyó el menor ruido entre los soldados. Todos se preparaban a sostener un sitio. Las mugeres de los paisanos tomaron gran parte en aquella tarea, y ademas mataban el ganado y salaban la carne. Los marineros acarreaban los repuestos que se habian dejado en la playa, y al mismo tiempo, una escuadra española, reforzada ultimamente por un bergantin, se habia aparecido dos veces a la boca del rio, pero sin indicios de acercarse a tierra.

El 11 se aparecieron las tropas realistas, y ocuparon el

ranchos de San Jose, a una legua de distancia de la fortaleza. Constaban de un batallon de Fernando VII; un regimiento europeo de infanteria, con fuerza de 360 hombres; el Fijo de Vera Cruz con 350; 280 de infanteria con 19 piezas y 1200 hombres de caballeria, todo al mando del general Arredondo.

Para contrarrestar esta fuerza formidable, el mayor Sardá tenia solamente 113 hombres, de los cuales noventa y tres componian la guarnicion y los otros veinte guardaban los almacenes. El Coronel Myers de Artilleria, y el comisario Bianchi, habian dado su demision, y el capitán Dagan, oficial frances, habia sucedido al primero. Las piezas montadas en el fuerte se reducian a tres de campaña, dos obuzes, un mortero de once pulgadas y media y tres carronadas. Una parte del fuerte estaba enteramente abierta por no haber habido tiempo de formar un reducto. El coronel Perry de cuya conducta y sucesos hemos hablado, habia marchado, segun parece, a la barra, y tomado alli armas y municiones. El mayor Sardá creia que el coronel volveria a unirse con sus compañeros: mas por desgracia se frustraron sus esperanzas. Si los cincuenta y tres americanos que abandonaron la causa con Perry, hubieran vuelto al fuerte, es mui probable que la resistencia hubiera sido mui larga. Confirman esta congettura, no solo el valor de los pocos hombres que hicieron la defensa, si no la falta de talento y de direccion de los sitiadores.

El 12, el enemigo, abrió el fuego, desde una bateria distante, colocada en la orilla opuesta del rio, y lo mantubo hasta el 14 sin hacer daño notable.

El capitán Andreas, a quien se habia conservado la vida, con la condicion de ser útil a la causa realista, escribió al capitán La Sala, oficial mas antiguo de ingenieros, y al capitán Metternich, del primer regimiento, convidandolos

a desertar del fuerte y a pasarse al egercito real; y asi lo egecutaron en efecto, el dia trece. Esta ocurrencia no solo excitó la indignacion de la guarnicion, sino que le inspiró mucho recelo, porque el capitán La Sala estaba mui enterado en todos los pormenores de la situacion del fuerte y podia dar noticias que acelerarian su reduccion. El mayor Sardá congregó un consejo de guerra, y despues de una corta conferencia, los oficiales cruzaron las espadas y juraron defender aquellos muros hasta la ultima estremidad.

El pueblo de Soto la Marina habia sido quemado, y destruido en el casi todo lo que podia servir de abrigo a los contrarios: pero a la derecha habia algunas malezas, en que se habian emboscado 300 hombres de caballeria, para apoderarse del ganado que estaba paciendo cerca del fuerte. Salieron, con designio de desalojarlos, veinte y seis hombres de infanteria, con una pieza de cañon y con el mayor desnudo atacaron al enemigo y lo pusieron en fuga. Esta accion animó a los soldados, les inspiró confianza en sus propias fuerzas y desprecio del enemigo.

La guarnicion continuó trabajando dia y noche en completar la fortificacion, manteniendo, al mismo tiempo un fuego mui vivo, siempre que el enemigo se presentaba, y para no perder tiempo, se destinaron algunos hombres a cargar los fusiles, en tanto que los otros los disparaban. Mil fusiles cargados y con bayoneta armada, estaban constantemente listos para en caso de asalto.

En la noche del 14, el enemigo siguiendo el consejo de La Sala puso una bateria a la orilla izquierda del rio, a tiro de fusil de la fortaleza, y a las tres de la madrugada del 15, rompió un fuego terrible. Al rayar el dia colocó siete cañones a la orilla izquierda, quedando asi la guarnicion entre dos fuegos, espuesta a una destruccion inevitable.

Apenas el enemigo habia empezado a hacer uso de la

primera batería, cuando dispuso guarnecer el río con la infantería ligera de Fernando VII afin de que la guarnición no pudiera proveerse de agua. El tiempo estaba serenísimo, y poco después de amanecer el calor era insoportable. Con estas circunstancias y con el continuo trabajo de la tropa, empezó esta a sentir una sed insoportable, y aunque el río estaba a pocos pasos, tan destructor era el fuego de la infantería contraria, que ni aun los hombres más valientes se atrevían a acercarse a la orilla. Entonces fue cuando una heroína mejicana, viendo que los hombres empezaban a desmayar, salió intrepidamente del fuerte, y en medio de un diluvio de balas, pudo, sin recibir daño alguno, llevarles agua.

Por la tarde la artillería del fuerte estaba o desmontada, o inutilizada; se había agotado la metralla y las obras del frente tenían una brecha abierta. Ya se oía el toque de asalto y se divisaban las columnas que marchaban resueltas a emprenderlo. Este era el momento crítico en que la guarnición debía acreditar su denuedo, y en efecto, se dispuso a resistir con firmeza o morir. Se formó un repleto de fusiles cargados, se volvieron a montar algunos cañones y se les cargó hasta la boca con balas de fusil. El único obús que había quedado útil, tenía más de novecientas. El enemigo se aproximó a paso acelerado, gritando, *Viva el rei*, y presentando un frente formidable al cual no parecía posible resistir. La guarnición lo dejó acercarse a distancia de cien pasos, y entonces lo recibió con una descarga cerrada, acompañada del grito *Viva la libertad, Viva Mina*. Incapaz de sufrir tan vigorosa resistencia, el enemigo retrocedió en la mayor confusión y desorden. Se rehizo de allí a un rato y volvió al ataque precedido por algunos caballos que lo protegían del fuego, y que, después de muertos, le servían para llenar los fosos. La guarnición aguardó como había hecho antes: el ene-

migo se acercó con la misma resolución, pero fue del mismo modo rechazado. En esta acción, Arredondo estuvo próximo a perder la vida, habiéndole pasado muy cerca una bala de cañón. La tercera tentativa, hecha del mismo modo que las anteriores tubo el mismo éxito.

De este modo, se defendieron unos pocos valientes, encerrados en una fortaleza atacada por todos puntos, contra fuerzas tan superiores. Sin embargo, por heroica que fuese esta defensa, la guarnición era demasiado débil para sostener por más tiempo una lucha tan desigual, sin reposo, ni refresco, porque el trabajo incesante y la sed los había abatido extraordinariamente. La artillería era casi del todo inútil; los más de los artilleros habían perecido y la infantería estaba tan fatigada que apenas había hombre que pudiese sostener el peso del fusil. En esta deplorable situación, los reclutas se alarmaron y algunos de ellos huyeron del fuerte. El fuego cesó algún tiempo por ambas partes, como si hubiera habido un mutuo convenio. La pérdida que habían experimentado las tropas reales les indicaba el peligro que corrían intentando otro ataque contra una plaza defendida por hombres que habían dado tantas pruebas de valor y constancia.

A la una y media envió Arredondo un parlamento, exigiendo la rendición del fuerte a discreción. Se le respondió que esta proposición era inadmisibile, y que podía, si lo juzgaba a propósito, aventurar otro ataque para tomar la plaza de asalto. El mayor Sardá reunió entonces a los reclutas que aun quedaban y les preguntó si querían seguir la suerte de los extranjeros, que estaban resueltos a morir antes que ceder a vergonzosas condiciones. "Estamos prontos a morir con V," fue la respuesta. Hubo otro parlamento, con la oferta de respetar la vida de los individuos de la guarnición. La respuesta fue la misma

que se habia dado al primero. Presentóse otro tercer mensaje, y durante la conferencia, un ayudante de estado mayor de Arredondo, el cual dijo que su general sentia sobremanera sacrificar unos bombres que habian dado tan extraordinarias pruebas de valor, y que estaba autorizado a convenir en las condiciones mas generosas y honorificas. En virtud de esto, y despues de una pequeña discusion, se propuso y entregó al oficial la siguiente capitulacion.

1. Comprendense en esta capitulacion todos los individuos que componen la guarnicion del fuerte de Soto la Marina, y los que se hallan en la actualidad en el rio y en la barra. Seran prisioneros de guerra y se les concederá un sueldo correspondiente a sus grados. Los oficiales estarán bajo palabra de honor.

2. La propiedad particular sera respetada.

3. Los estrangeros seran enviados a los Estados Unidos, en la primera ocasion. Los naturales del pais se retirarán a sus casas, y no tendran que padecer por su anterior conducta.

4. La guarnicion dejará las armas despues de haber salido del fuerte con los honores de la guerra. Aceptadas estas condiciones, el oficial español, en presencia de toda la guarnicion, dijo que estando autorizado por el general Arredondo para acceder a los articulos que le pareciesen convenientes, empeñaba su palabra de honor, en nombre de su gefe, que las condiciones de la capitulacion que tenia en las manos, serian escrupulosamente observadas. El mayor Sardá estaba bien persuadido de que la palabra de un oficial realista solemnemente empeñada, si era hombre de honor, ofrecia mayor seguridad que un documento escrito y firmado por un hombre sin honor, por que si habia interes en violar el contrato, nada era mas facil que romper un documento: por consiguiente manifestando

una ciega confianza en el honor del oficial, era mas probable que seria observada la capitulacion. Por esto no insistió en que la firmase el general Arredondo.

Terminado este negocio, cesaron las hostilidades, y aquella misma tarde, la guarnicion salió fuera del fuerte con los honores de la guerra. Componiase, en todo, de treinta y siete hombres, los cuales dejaron las armas a quinientos pasos del enemigo. Lo que estaban en la barra y en el rio, quedaron tambien prisioneros. Asi se entregó el pequeño fuerte de barro de Soto la Marina, despues de haber sostenido valientemente un ataque vivisimo que duró once horas. Si se hubiera hecho semejante defensa en cualquier parte del mundo civilizado, hubiera ocupado un lugar distinguidisimo en las gacetas y anales militares de la edad presente, o a lo menos, el comandante y los soldados hubieran sido respetados en sus personas y no se hubieran violado de un modo perfido y cruel los terminos de la capitulacion.

Cuando el general Arredondo vió aquella porcion de hombres marchar fuera del fuerte, se acercó al comandante y le preguntó. “¿Es esta toda la guarnicion?” “Toda,” respondió el comandante. “¿Es posible?” exclamó Arredondo, volviendose con la mayor estrañeza al comandante de Fernando VII.

La perdida de los realistas fue de trescientos muertos y un numero correspondiente de heridos. El importante repuesto de armas y de pertrechos que cayeron en sus manos, lo consolaron algun tanto del gran daño que habia recibido. Los dos primeros dias, aquella porcion de heroes estuvo perfectamente libre, y todo indicaba buena fe por parte de los realistas. Los oficiales, en general, felicitaron al mayor Sardá y a su tropa por el exito de la ultima accion y les digeron que el general Arredondo acababa de recibir proclamas del virrei, en que prometia la real am-

nistia a todos los individuos de la expedicion de Mina que la abandonasen: que a ellos se darian pasaportes para los Estados Unidos y el dinero necesario para el viage; por consiguiente, que no debian tener el menor recelo acerca del cumplimiento de la capitulacion. Estas promesas fueron de poca duracion. El tercer dia empezaron los realistas a violar el tratado. Se puso guardia a los prisioneros, y algunos de ellos fueron destinados a enterrar los muertos y demoler las obras. Poco dias despues, una partida suelta de patriotas de la division, que habia sido cogida el tres de Junio y tratada con la mayor humanidad por D. Felipe La Garza, fue conducida al frente del campo, y pasados por las armas todos los que la componian. Para esta atrocidad no se dió otro pretesto sino es que no estaban incluidos en la capitulacion. Uno de estos desgraciados fue el teniente Hutchinson, ciudadano de los Estados Unidos de America; sus heridas eran de tanta gravedad que no podia tenerse en pie, de modo que le dispararon estando acostado. Este suceso hizo ver a los individuos de la guarnicion que no tenian que contar con la observancia de nada de cuanto se les habia ofrecido.

En efecto, la guarnicion, despues de diez dias de arresto, fue enviada a Altamira y encerrada. Previendo que a esta infraccion de los articulos del tratado seguirian quizas otras mas temibles, los prisioneros trataron de escaparse, apoderandose antes de la escolta y dirigiendose despues a Tampico, donde en caso de necesidad les era facil embarcarse. No era esta empresa tan dificil ni desesperada como puede parecer a primera vista. Una porcion de hombres intrepidos, llenos de indignacion por la conducta que con ellos se observaba, no teniendo a la vista otro porvenir que el de una miserable cautividad, y determinados a morir antes que ser esclavos, eran capaces de hacer las mas extraordinarias proezas, y es mui probable que hubieran

salido triunfantes, si les hubiera sido posible sorprender a la guardia. Mas tubieron la desgracia de ser sospechados, o vendidos por alguno de sus compañeros: lo cierto es que una hora antes de la señalada para dar el golpe, vieron entrar un destacamento en la prision.

El oficial realista que lo mandaba, les notificó que tenia orden de encadenarlos; asi se hizo, y en seguida fueron conducidos a diferentes puntos de la ciudad. Entonces empezó una escena extraordinariamente cruel. Pocos de estos desgraciados viven, mas si alguno de ellos lee con el tiempo la siguiente historia de sus infortunios, verá que es tan solo un ligero bosquejo.

Fueron llevados a Vera Cruz por el largo rodeo de Pachuca, a veinte y cinco leguas de la ciudad de Megico. Aunque iban a caballo, el peso de los hierros, lo largo de las jornadas, la falta de alimentos sanos, y el calor bochornoso, les produgeron enfermedades y una extraordinaria debilidad. Algunos se desmayaban en el camino, y era preciso atarlos con cuerdas al caballo; otros deliraban y pedian la muerte a gritos; los restantes eran conducidos como un rebaño y al fin de la jornada, alojados en sitios estrechos y llenos de inmundicia. No se les daba sino una escasa racion de malisimo alimento, que apenas podia sostener la vida. Siguiose a esto una debilidad mortal y como no les era posible tener descanso, ya no les era dable soportar el peso de las cadenas. Pocos hubieran sobrevivido, si no hubiera sido por la humanidad de los habitantes.

En esta desventurada condicion llegaron por fin a Vera Cruz, donde catorce de ellos fueron encarcelados durante una noche en una pieza que apenas podia contener cuatro personas. No habia entrada ninguna para el aire, de modo que era de temer una general sofocacion. Un oficial, reducido a la ultima estremidad, pidió un poco de agua; la

centinela le respondió que tenia orden positiva de no darles nada, y mui serenamente, le deseó un buen viage al otro mundo.

El calabozo del Castillo de San Juan de Ulua, en que estas victimas fueron despues encerradas, no admite comparacion. Situado a catorce pies de profundidad, solo recibe una opaca luz por una pequeña reja inmediata al techo. La humanidad es permanente, y como el suelo está debajo de la superficie de la mar, esta entra facilmente, abriendo agujeros, por los que tambien se introducen los cangrejos. Los presos recibian mui bien a estos y con ellos se alimentaban. El numero de personas encerradas en tan pequeño espacio corrompió el aire y produjo graves dolencias. Las centinelas solian desmayarse al abrir las puertas y al respirar aquellos efluvios. La racion diaria era de cuatro onzas de pan, tres de arroz y tres de legumbres. A veces se les cercenaba, y a veces era tan mala por la falta de sal y por el poco aseo, que solo la extraordinaria debilidad podia inducirlos a comer otra cosa que el pan. En vano pidieron que se separasen los enfermos de los sanos; indistintamente fueron encadenados dos a dos, y al abrir una mañana la puerta del calabozo, se echó de ver que dos habian espirado aquella noche.

Cuando, por fin, venia la orden de separar a un enfermo, era conducido al hospital, con cadenas, las cuales no se le quitaban sino cuando la muerte habia dado fin a sus tormentos. De este modo murió un ciudadano de los Estados Unidos, cuyos ultimos dias fueron tan cruelmente amargados por el trato que le dieron los realistas, que no nos atrevemos a copiar los pormenores, demasiado horrorosos para toda alma sensible. Baste decir, para terminar este lamentable episodio de nuestra historia, que de treinta y siete oficiales y soldados que capitularon en Soto la Marina,

y de otros treinta extranjeros, de la division de Mina, que antes y despues de aquella accion cayeron en manos de los tropas reales, treinta, a lo menos, murieron, en el camino de Vera Cruz, en Altamira, o en los calabozos de San Juan de Ulua. Los pocos que sobrevivieron a estos horrores fueron embarcados para España, para que alli el gobierno dispusiera de su suerte. En su navegacion a la Peninsula, fueron malisimamente tratados, excepto dos que se enviaron desde la Habana en el bergantin de guerra español *Ligero*, mandado por el Capitan Martinez. Este benevolo oficial se portó con ellos humanisimamente, les quitó los hierros y les dio bien de comer.

Para hacer ver la conducta que observaban las autoridades de Megico con todo lo que pertenecia a la division de Mina, referiremos lo que hicieron con una francesa que habia venido en ella desde Galvezton. Esta muger extraordinaria, se llamaba La Mar. Habia residido antes en Cartagena y distinguidose en muchas ocasiones por su intrepidez y su odio al partido realista. En Soto la Marina no cesó de cuidar con el mayor esmero a los enfermos y heridos, y durante el sitio, mostró el brio de una amazona. En la marcha de Altamira y Tampico, aunque espuesta continuamente a las chanzas y desprecio de la escolta, se sostubo con la mayor fortaleza. Sirvió de gran consuelo a los prisioneros, tanto por su buen humor, como por los auxilios que les proporcionaba. Fue enviada a Vera Cruz y destinada a servir en un hospital, en las mas penosas y repugnantes ocupaciones. Al fin, pudo escaparse, dejando una carta al gobernador de Vera Cruz y otra al virrei, llenas de amargas reconvencciones por la violacion de la capitulacion, y amenazandolos con la venganza de los patriotas. Llegó a la division de Guadalupe Victoria, con la que permaneció algun tiempo, pero tubo la desgracia de caer

otra vez en manos de los realistas. En Julio de 1819, fue trasladada a Jalapa, y obligada a servir en una familia particular. En vano presentó memoriales pidiendo permiso para regresar a su país. No lo consiguió y quedó en penoso cautiverio.

La suerte de los prisioneros que llegaron a España, no fue menos cruel que la que habían experimentado en Méjico; como se inferirá de la orden comunicada al gobernador de Cadiz por el ministro de la guerra Eguia; la cual estaba concebida en los terminos siguientes.

“Habiendo comunicado el virrei de Nueva España a este ministerio de mi cargo, su intencion de enviar a la Peninsula, para ser puestos a disposicion del Rei nuestro señor, los individuos nombrados en la adjunta lista, que habiendo pertenecido a la gavilla con que el traidor Javier Mina invadió aquel territorio, se han acogido al beneficio de la amnistia promulgada por el virrei, S. M. se ha servido mandar que el Supremo Consejo de la Guerra determine las mas acertadas medidas que deban adoptarse con ellos, en su llegada a Cadiz o a otro puerto de la Peninsula, y habiendo declarado dicho tribunal su opinion, que ha sido aprobada por S. M., se ha dignado mandar lo que sigue: Que los treinta y seis individuos comprendidos en dicha lista, sean distribuidos, inmediatamente despues de su llegada a España, de cuatro en cuatro, en los presidios de Cadiz, Malaga, Melilla, Peñon, Ceuta y Alhucemas, y los otros doce sean puestos a la disposicion del capitan general de Mallorca, afin de que los pueda distribuir con la misma proporcion en los distritos de su mando. En estos puntos, permaneceran en calidad de presidarios, todo el tiempo que sea del agrado de S. M. Los gobernadores de dichas plazas vigilarán con el mayor esmero su conducta, y daran

cuenta en tiempo oportuno de todo lo que en ella observen, a fin de que se egerza con los referidos individuos el mayor rigor, teniendo presente que seran responsables de todos los alborotos que puedan promover unos hombres en quienes no se puede tener la menor confianza, a menos que por pruebas indudables se hagan dignos de ella y de la clemencia de S. M. cuyo decreto traslado a noticia de V. E. para su inteligencia y gobierno en la parte que le toca. Dios, &c.

(Firmado.) EGUIA.”

Madrid, 11 de Junio de 1813.

A la llegada de estos infelices a Cadiz, la real orden que acabamos de citar fue puesta en egecucion, y fueron inmediatamente despachados a Malaga y los demas presidios designados. Esperimentaron diverso trato, segun el capricho de los diferentes comandantes. Con algunos hubo alguna suavidad, pero la mayor parte de ellos fueron sobrecargados con cadenas y clasificados como criminales y malhechores. Hubo varios en calabozos, y solo conseguian algun alivio a estos rigores por medio del dinero. Pero los pocos socorros pecuniarios que recibieron de los americanos y otros sugetos caritativos de Malaga y Gibraltar, pasaban por manos de sus carceleros, los cuales retenian una parte, bajo los mas absurdos pretextos. Tan deplorable fue su suerte que algunos se escaparon a los moros, prefiriendo arriesgar de este modo la vida, al mal trato que estaban recibiendo.

De esta sencilla narracion se infiere que con desprecio de todo principio de honor y de humanidad, los valientes defensores de Soto la Marina, no solo fueron engañados por la violacion de una capitulacion hecha en los terminos mas solemnes, sino que despues de sufrir los mas dolorosos y terribles ultrages, fueron condenados por real

decreto a perpetua o indefinida esclavitud, como malhechores de la peor especie.

No hai sutileza politica que baste a paliar una infraccion tan inhumana y positiva de la buena fe de los tratados, ni hai gobierno en Europa que se atreva a decir, en la epoca presente, que no está obligado a cumplir un tratado, revestido de todas las solemnidades de una capitulacion y sancionado con la palabra de honor de un funcionario autorizado a empeñarla.

CAPITULO VIII.

Situacion de la ciudad de Megico y medidas del virrei. Frustrada expedicion de Mina contra la Villa de Leon. Llegada del exercito al mando del general Liñan. Forma la linea de circumvalacion. Situacion del Fuerte. Principio de las operaciones activas. Pormenores de los sucesos. Ataque al campamento de D. Pedro Celestino Negrete. Salida del general Mina. Nuevos pormenores. Valiente defensa del fuerte el 18 de Agosto. Evacuacion del fuerte. Sucesos posteriores.

MIENTRAS que Mina estaba tomando sus disposiciones en Sombrero, abriendo correspondencias con los ciudades realistas y adoptando las mejores medidas que podia para las futuras operaciones militares, los realistas estaban igualmente empleando una actividad extraordinaria. Repetidas veces habian venido ordenes de Madrid mandando al virrei que abandonase toda otra atencion, si era preciso hacerlo asi, y dirigiese todos sus esfuerzos a contrarrestar los progresos de Mina. El virrei habia calculado, en virtud de las medidas tomadas por el anteriormente, que la gran fuerza reunida en las provincias internas bastaba para desempeñar aquel objeto. Pero cuando llegó a Megico la noticia del encuentro de Peotillos nadie pensó mas que en el peligro que amenazaba. El estado de la capital era tal, que por si solo bastaba a aumentar estos temores, porque en Megico habian abundado hombres que profesaban principios republicanos, mas como, por desgracia, la revolucion empezó en la parte mas infeliz e ignorante de la poblacion,